

“LEER UN LIBRO es volver a nacer. Es el camino para apropiarnos de un mundo y de una visión del hombre que, a partir de ese momento, entran a formar parte de nuestro ser. Una lectura disfrutada con riqueza y plenitud es la conquista más plena que puede hacer un hombre en su vida. Hay una condición esencial que hará que este regalo de los dioses sea para siempre. La lectura debe causarnos placer: Un placer que venga de los más hondo del alma y que ha de quedarse allí intacto y disponible. Esto nos llevará a otro de los dones que concede la lectura, y es la relectura. Así, volver a leer un libro tendrá siempre una condición reveladora y es ésta: a cada lectura el libro se nos va a presentar con un nuevo rostro, con nuevos mensajes, con otros ángulos para percibir el mundo y los seres que lo pueblan...”

ÁLVARO MUTIS

Leer

NUUESTRA REALIDAD EDUCATIVA Leer

LA MAGIA EN LOS LIBROS

En este artículo, Espido Freire, escritora española, nos pone de manifiesto como la magia forma parte de nuestra sociedad. Como en este mundo moderno, cargado de números, aún sobrevive la magia como una parte sustancial de la creación humana. La historia de la Literatura y el papel de la imaginación son los ejes que dirigen el texto.

ESPIDO FREIRE
Escritora



Vladimir Kush:
Atlas del Vagar

La magia existe, pero ya no recibe el nombre de magia. En un mundo en el que para comprobar datos y darlos por ciertos nos aferramos a estadísticas y comprobaciones científicas, las palabras complicadas han venido a sustituir el misterio del mecanismo por el que una bombilla se enciende, o un grifo despide agua. Salvo los niños muy pequeños, nadie se pregunta ya cómo puede ser que un avión se mantenga en el aire, que un ordenador nos hable o que un hombre en la televisión pueda predecir el tiempo.

Hemos nacido rodeados de objetos extraños que cumplen tareas aún más extrañas, cuyo funcionamiento desconocemos; sabemos que las ondas transforman la voz y las imágenes, que cocinan nuestros alimentos, pero pocos de nosotros vamos más allá. Vivimos sumergidos en sucesos que no sabemos explicar, pero nos consuela la existencia de unas normas científicas, de una explicación racional que "podría" desvanecer el misterio de la electricidad, la informática o el movimiento si nos propusiéramos investigar.

Los descubrimientos de los siglos XVIII y XIX supusieron una revolución ideológica: el mundo nunca ha vuelto a ser lo que era. La inocencia de los cuentos infantiles se perdió, la mente y los anhelos ocultos vieron la luz, se desentrañaron los misterios del origen de la humanidad, y numerosos elementos invisibles, la relatividad, los átomos, las bacterias, ocuparon el lugar de los duendes y las maldiciones. Tan grande fue el impacto que toda interpretación de la realidad que no se ajustara a la ciencia o la psicología se vería despreciada. Con un espíritu muy similar al de los colonizadores en tierras vírgenes, a los exploradores frente a los indígenas, se ha aplicado a lo inabarcable, a lo desconocido, la vara de medir de la racionalidad. La magia terminó, la fantasía dejó paso a los hechos.

Pero en Occidente, antes, en aquellos tiempos, el pasado no estaba verdaderamente muerto, y en cualquier momento podía hacer su aparición, lleno de peligros, en el presente. En la mente del pueblo, la vida y la muerte no se encontraban separadas de un modo claro. Los muertos, los vampiros,

Salvo los niños pequeños, nadie se pregunta ya cómo puede ser que un avión se mantenga en el aire... que un ordenador nos hable...

los demonios, los espectros, las brujas o las sirenas podían hechizar a los seres humanos y acarrear su perdición. La historia de la literatura es generosa en la aparición de estos monstruos. Las sirenas se suicidan tras fracasar con Ulises, que, muy modosito él, no cede a sus cánticos. Igual se debe a que estaba atado con cuerdas. Drácula es una invención novelesca. Edgar Allan Poe pobló sus cuentos de fantasmas y muertos en vida, y en los últimos tiempos proliferan las historias de ciencia ficción con marcianos, abducciones y ovnis. Salvo aquí.

Una de las frases que más se ha repetido con mis tres novelas es que pertenecían a la llamada literatura fantástica. Con esa cara de pánfila que se le queda a una cuando escucha críticas de su obra, lo he negado una y otra vez. En el fondo tenía miedo de los fans de la auténtica literatura fantástica, que eran muy capaces de lincharme si yo me consideraba continuadora de Tolkien. En mis historias, al menos en Irlanda y Donde siempre es Octubre, no en Melocotones, aparece algún elemento fantástico, como un par de fantasmas. Pero aparte de eso, poca cosa ¿Por qué entonces no las consideran novela realista?, me preguntaba yo ¿Qué tienen por novela fantástica? Porque no se menciona ningún lugar real, porque no hablo de unos datos concretos que puedan emplazar la acción en un momento y un sitio determinado. Es decir: sí la historia no puede encajar en unas coordenadas claramente realistas, queda calificada inmediatamente como fantástica. No sirven explicaciones psicológicas, distintas lecturas o interpretaciones en distintos planos. Las únicas referencias admisibles son las para-literarias.

La literatura en lengua castellana en la Península es excepcionalmente parca en elementos fantásticos. La obra maestra de la novela nació con el propósito de ridiculizar y terminar con las novelas de caballería, sus damas y sus paladines irreales. Y allí surgió el Quijote, dale que te dale con los molinos de viento y el Rocinante. El Romanticismo pasó de puntillas sobre la conservadora España, y dejó escasas muestras de fantasía. Bécquer habló de ojos verdes traidores, y de corzas blancas en sus leyendas. Y por entonces Fernán Caballero recogió cuentos populares con elementos mágicos. Pero a continuación el realismo, y dos generaciones esenciales, las del 98 y el 27, retomaron la tradición costumbrista, anecdótica y realista. Unamuno defendió a capa y espada los valores del casticismo, frente a las tonterías y veleidades sajonas.

Tampoco puede decirse gran cosa respecto al terror: Don Juan desciende a los infiernos en sus diversas interpretaciones, y el dulce caballero de Olmedo recibe el espectral augurio de su muerte. Y Celestina invoca al demonio para endulzar los amores de Caliste y Melibea. Eso es todo. Ni el romance ocupa un lugar destacado por estas zonas. Salvo el ya mentado de Caliste y Melibea, Fortunata y Juan, y, tal vez, la Regenta, son pocas las historias de amor que acuden a nuestra mente. El honor, la duda metafísica, el sentimiento religioso y el pesimismo mantenían demasiado ocupados a los autores.

Es decir, ni fantasía, ni amor, ni miedo. Los tres elementos por excelencia de los que se nutre la ficción fantástica, y que importaríamos de novelas inglesas y alemanas. Es lógico que, tras una guerra civil, y una dictadura de cuarenta años, la literatura del siglo XX sea eminentemente sosa. Pero ¿Y antes? ¿Qué ocurrió? ¿Hubiera sido posible una novelística fantástica?

Uno de mis temas preferidos son los cuentos infantiles, y suelo hablar de ellos en otras conferencias y charlas. Seis veces he hablado de las leyendas en público. Y después de las conferencias, en las seis ocasiones se me ha acercado un señor ya mayor, de aspecto respetable, que me ha dicho: — Enhorabuena, señorita, blablabla, pero, si me lo permite, le voy a dar a usted un consejo. No se ande tanto por las ramas, sea usted más realista. "¿Qué? ¿No le gusta a usted la ficción?". "¡Bah, no! A mi de los periódicos y los ensayos no hay quien me saque".

Yo, callada como una muerta. Seguimos hablando y descubro que es abogado, notario. Otro era ingeniero de caminos. Hombres con una preparación cultural amplia, y con un desprecio absoluto por lo que no fuera el directo en la televisión, la crónica en la novela y lo real en todas sus versiones. "Pues, ¿sabe usted? Estoy preparando un estudio sobre qué leían los jóvenes hace cincuenta años, y qué leen ahora —miento yo, con todo el descaro. Y el buen señor se emociona". "Ah, Julio Verne, y Salgari, y Dumas... Aquello eran novelas. Un genio, Verne, fíjese que hablar del submarino antes de que existiera... Leía también a Marcial Lafuente Estefanía, y las aventuras de Marco Polo, y las Mil y una Noches". "¿Y se atreve usted a decirme que no le gusta la ficción?".

El venerable señor baja la cabeza, calla la boca, y no dice más que: "Es que eran otros tiempos". ¿Por qué se nos abren mundos nuevos cuando somos niños, cuando somos jóvenes, y se nos cierran al crecer? ¿Por qué la ficción no es respetable, por qué esa desconfianza hacia la fantasía? Por una razón u otra, las grandes obras de fantasía han quedado relegadas a los adolescentes. Hace mucho tiempo que Alicia en el País de las Maravillas, o Los viajes de Gulliver fueron a vivir al cuarto de los niños. Más recientemente, se dio el caso de Michael Ende y su Historia Interminable que pasó sin pena ni gloria entre los adultos. Los movimientos que despiertan mayores entusiasmos en el extranjero, esto es, las veleidades sajonas de las que se quejaba Unamuno, no encuentran eco aquí.

Pienso ahora en La Guerra de las Galaxias y Star Trek que han dado origen en Estados Unidos a auténticos clubes de fans y seguidores acérrimos, que aguardaban el estreno de La Amenaza Fantasma como agua de Mayo. Es indiscutible que George Lucas ha creado toda una mitología propia, una cronología privada, un lenguaje exclusivo para sus seguidores, pero partió de una base muy sencilla: el enfrentamiento entre el bien y el mal, la oscuridad y la luz. De la búsqueda de la verdad habla también una de las series de televisión más exitosa de los últimos años, Expediente X. Sus espectadores son, sobre todo, gente joven de un nivel cultural medio-alto. Por primera vez nos identificamos con un agente del FBI inteligente y capaz, que cree a pies juntillas que la realidad no puede ser explicada únicamente por la ciencia, y su compañera, una doctora inexplicablemente incrédula, no logra convencerle, ni tampoco a nosotros, de que no existe nada más que lo tangible.

El lenguaje de estas películas, a medio camino entre la ciencia ficción y el esoterismo, no ha logrado atraer a personas mayores. Se admite la maestría de Blade Runner, con sus agónicos replicantes, pero gran parte de su fama posterior se debe a que, grosso modo, advertía de los peligros de la ingeniería genética moderna. La fantasía, el mundo propio de esas narraciones resulta excluyente. Los que se acercan a ella se introducen en un universo con leyes implacables que deben obedecer. Algo muy similar logró Tolkien, el padre de la épica fantástica actual. Una tierra con seres mágicos y búsquedas que tienen mucho que ver con las hazañas de los caballeros medievales que el Quijote se encargó de eliminar.

Gran parte de las secuelas de Tolkien, la DragónLance y sus cien mil subgéneros, no aportan demasiado a la literatura, y han sido creadas para consumo de los devoradores de literatura fantástica, del mismo modo que las novelas rosas emplean una y otra vez el mismo argumento, para delicia de sus lectoras. Los orígenes de esta épica fantástica se encuentran en la mitología céltica, Tolkien, Lovecraft y los ciclos artúricos, en un cóctel con más o menos gracia. Stephen King se ha encargado, con tremendo éxito, de incorporar el miedo no a escenarios góticos y cementerios, sino a la vida real. Terry Pratchett ha iniciado una parodia de la épica fantástica que ha logrado atraer a gran cantidad de seguidores, por su ironía y su manejo tan adecuado de los mitos. Y Neil Gaiman combina con una calidad literaria altísima la fantasía y la fiel reproducción de la realidad. Habría muchos más, pero ¿para qué seguir? Existen mitos de monstruos y diablos, dragones y fantasmas en todos los lugares del mundo. En zonas de China el número de fantasmas es elevadísimo. De hecho, todo lo que no entra dentro del hábito conocido recibe ese nombre. Los extranjeros son fantasmas, fantasmas son los aviones y las ancianitas desconocidas que los niños se cruzan por el camino. Y en los montes tibetanos y el Himalaya se cuentan las leyendas del Abominable Hombre de las Nieves, el Yeti.

Les voy a confesar aquí que el Yeti protagonizó mis terrores infantiles durante mucho tiempo. A mi madre le habían regalado un libro titulado Misterios, del Mundo en no sé qué caja de ahorros. Era un libro que contaba casos de abducciones, de apariciones, la incógnita de las pirámides y las civilizaciones perdidas. Todo eso con unas fotos tremendamente inquietantes, y unos textos muy bien escritos. Había un capítulo destinado a "Monstruos de agua y monstruos de tierra" en el que hablaban del Monstruo del lago Ness y del Yeti. Yo, una niña poco miedosa y que devoraba todo libro que había por casa, abrí el nuevo y me puse a leer. Madre mía, qué pánico. Los extraterrestres, vaya, daban un poco de aprensión, pero tampoco era para tanto. Pero ¿El Yeti? ¿El Yeti se mudó a vivir a mi casa desde entonces! Cada ruido era el Yeti que venía a por mí. En mi cuarto mi madre había colocado, muy hacen-

¿Por qué la ficción no es respetable, por qué esa desconfianza hacia la fantasía?



Peter Wilhelm Ilsted:
Mujer leyendo en interior

dosa, dos pedazos de fieltro para que pisáramos en ellos y no estropeáramos la madera. Cuando avanzaba por el pasillo, bajo el hueco de la puerta de mi habitación veía dos pies enormes. El Yeti. Menudos sofocos. Además, me avergonzaba de sentir miedo, y nunca les dije ni mu a mis padres. El caso es que me importaba un bledo que el Yeti viviera en el otro lado del mundo. Me asustaba tanto como a los niños de aquella zona.

Irlanda e Inglaterra cuentan con el mayor número de leyendas y de personajes míticos. Las hadas y los gnomos sobrevivieron mucho tiempo por esas tierras, y no siempre eran seres benéficos y amables. Por el contrario, eran caprichosos y antojadizos, robaban niños y mujeres rubias, odiaban la civilización y eran capaces de bromas pesadas y crueles venganzas. Por eso de compensar, si se les trataba con amabilidad y se les alimentaba, concedían buena suerte y riqueza. Existían elfos relacionados con los árboles, especialmente el abedul, el saúco, el sauce y el roble. Se llamaban las Damas Verdes, y su vida terminaba con la tala del árbol. Y mujeres engañosas en los ríos, los lagos y el mar. En los pasos peligrosos de las montañas habitaban trolls y ogros, capaces de devorar a los humanos, y los mismos fuegos fatuos no eran sino duendes, Will o' the Wisp. En los bosques oscuros abundaban los jinetes sin cabeza, los perros espectrales y los fantasmas que arrastraban una condena. Los terrores hacia esos habitantes invisibles pero siempre presentes se podían atenuar mediante los ritos y los tabúes. Mientras se mantuviera aplacados a esos espíritus la vida continuaría sin problemas.

El cristianismo arraigó pronto en la Península, y devoró las raíces de los mitos autóctonos. Los expertos encuentran problemas a la hora de abordar nuestros mitos. Galicia y el País Vasco han conservado algunos, pero en Castilla y Andalucía han desaparecido la mayor parte de los fantasmas y los duendes. Fueron sustituidos por apariciones milagrosas de la Virgen, hechos de santos y maleficios de demonios. En Cataluña y Aragón abundan las historias de dragones, y de caballeros y santos que los derrotan. El culto a la pólvora en Levante responde a la creencia de que el humo y el ruido espantan a los malos espíritus, y de ahí que se quemara incienso en las iglesias.

Por el norte, las brujas y las lavanderas o mujeres de agua fueron frecuentes. Las lavanderas eran por lo normal mujeres solteras que habían muerto al dar a luz, a las que condenaban a lavar hasta la fecha en que hubieran muerto de muerte natural. Las historias de lamias y ondinas, que se peinaban en las orillas de los ríos, abundan en el País Vasco. Sus cabellos eran de oro, sus peines de plata, y su be-



Van Gogh:
La noche estrellada
(*De Sterrennacht*), 1889

lleza atraía a incautos pastores, que les proponían matrimonio. Pero estos seres no soportaban el encuentro con la iglesia, y huían despavoridos. O se les descubría por sus pies de pato o de cabra.

Aparecen moros en Galicia, un pueblo que vivía bajo tierra y trabajaban el oro, como los Nibelungos germánicos. Todas esas figuras fueron, posiblemente deidades pre-cristianas, y la nueva religión las desplazó y las convirtió en demonios. Ninguna de ellas posee alma; la inmortalidad, la promesa de un cielo, se generó después de que fueran inventadas. Y, como huellas de un pasado pagano, la Iglesia trató de terminar con esas supersticiones y creencias. Se iniciaron las cazas de brujas, con la tortura y las quemaduras que las caracterizaron.

Pero la brujería persistió. Las meigas, las sorgiñas, han sobrevivido, y muestran características muy distintas a los santeros del sur. La bruja en el País Vasco es una hechicera báquica, que asiste a aquelarres y mantiene trato con el Diablo. Su aspecto sexual y anti-represivo llama poderosamente la atención. La bruja gallega, por el contrario, es más bien una adivina y curandera, una mujer que emplea la magia simpática y que utiliza, a los diablos para que le hagan distintos servicios.

Galicia presume también de ser el único lugar del mundo en que se conservan las actas del juicio a un 'hombre lobo', a un licántropo. Era un asesino sacamantecas, que justificaba sus crímenes asegurando que la luna le convertía en lobo y perdía así el control de sus actos. La leyenda del licántropo es muy antigua, y hunde sus raíces en la tradición mediterránea.

El caso de este licántropo llama tanto a la compasión como al terror. Era un buhonero que a finales de siglo viajaba continuamente entre Galicia y Asturias, que pertenecía a una familia desestructurada y pobre. Como tenía fama de buena gente, los maridos y las madres le recomendaban a sus parientes. Yendo con él, que conocía los caminos, no se perderían. Pero al llegar a determinado punto del camino, por la noche, con luna llena, se desnudaba,

La bruja en el País Vasco es una hechicera báquica, que asiste a aquelarres y mantiene trato con el Diablo.

asesinaba a sus víctimas y las devoraba en parte. Luego las enterraba y continuaba su camino. Al regresar a Galicia daba fe de que sus acompañantes habían llegado bien, y nunca más se sabía de ellos. Como las comunicaciones no eran fluidas, y la mayor parte de las víctimas no sabían leer, no se extrañaban de no recibir noticias. Hasta que una madre sospechó que realmente a su hijo le había pasado algo, y no se detuvo hasta encontrar pruebas. Cito de memoria, pero creo recordar que no se le juzgó "como loco o idiota, sino como hombre lobo, aberración de la naturaleza y desorden de las leyes humanas y divinas". Personajes como este dieron origen al famoso sacamantecas con que se asustaba a los niños. Y el "coco" tiene que ver con los monstruos que rondaban las cunas de los niños para robarlos. Con el mundo de las hadas perversas. ¿Y qué decir de la Santa Compañía, la Cacería Salvaje, o el Cortejo Espectral? En su origen, la Cacería Salvaje se componía de huestes infernales con mastines y antorchas que en determinadas noches cazaban almas. El humano que rondara por su zona de caza aparecía despedazado a la mañana siguiente. El espíritu gallego, más apacible, lo convirtió en un desfile de muertos que llevaban una linterna. Si una persona se cruzaba en su camino, le entregaban el farol y debía pertenecer a la Santa Compañía durante un año, o hasta que encontrara a otro farolero. Wenceslao Fernández Flórez, en El bosque animado traza un retrato entrañable de las pobres ánimas en vela por los caminos gallegos.

Recuerdo que un tío de mi padre aseguraba haber visto la Santa Compañía. Se le había hecho de noche cuando regresaba con unas vacas, y de pronto había vislumbrado luces que se acercaban. Toda una hilera de luces en mitad del monte, en silencio, en fila. Una de las características de la Santa Compañía es que sus linternas no se parecen en nada a las humanas. Su luz es fría, posiblemente un poco verdosa. Y él, que entonces era joven, había echado a correr, muerto de miedo, no fuera a ser que le capturarán. Me lo contó un par de años antes de morir, y no había duda de que él se lo creía. Después de escuchárselo contar, uno dudaba, y, por si acaso, procuraba estar en casa antes de que anocheciera.

Unas de las hadas más conocidas eran espíritus protectores de la familia y se encargaban de alertar de la muerte de uno de sus miembros: las banshees, que aullaban la noche anterior al fallecimiento. Eran hadas aristocráticas, y no querían nada con los humildes espectros de los caminos y los bosques. Parece que en todo había clases. Lo más probable es que en Galicia existiera también la creencia en las Banshees, pero que desapareciera con el contacto con el cristianismo, y ahora sólo se habla de las Banshees en Irlanda y en Escocia.

No podemos olvidar al Basajaun, o al Olentzero, dioses o héroes que sólo cobraban sentido en una sociedad rural, con una dependencia y un respeto tremendo hacia la tierra y los bosques. No en vano se ha dicho que las hadas han desaparecido con los bosques. En el momento en que se deja de ver la naturaleza como un ser vivo, sino como un medio de riqueza, no como una fuerza sino como un elementado minado por el ser humano no se le puede asociar ningún espíritu, ninguna vida propia. Las hadas, según la leyenda, duermen hasta el final de los tiempos, cuando serán necesarias. Como el rey Arturo, como Federico Barbarroja, como el propio Cristo. Esperan su momento para reinar sobre la tierra.

Siempre me llamó la atención que los dioses griegos y romanos parecieran vivir un eterno festival, una juerga sin visos de término. Eran dioses mediterráneos, para los que el tiempo no existía. Nada enturbiaba su existencia. En algún momento se desvanecieron y dejaron paso a un nuevo culto. Los dioses germánicos y nórdicos, por el contrario, preveían un final, una muerte, un Ragnarok o Gotterdammerung. Un ocaso de los dioses, un Apocalipsis que terminaría con el mundo, los hombres y los dioses sin que nadie se despeinara por ello. Pero parece que ya llevamos superados unos cuantos fines del mundo y unos cuantos milenios, y nada de lo prometido. Ni de los dioses puede uno fiarse.

El estudio de estos seres, ahora tan lejanos, y de los animales míticos dio lugar a Historias Naturales, a Bestiarios e incluso a Cartografías. Hasta fechas avanzadas se creía en las propiedades del cuerno del Unicornio, que habitaba en África y combatía la impotencia. Se referían al rinoceronte, que tiene, el pobre, poco que ver con el estilizado caballito. Las sirenas parecen ser focas, con las que algunos avezados marinos se arriesgaban a mantener relaciones sexuales, posiblemente sin el consentimiento

de la foca. Se hablaba del Ave Fénix y el Basilisco como de seres documentados, de los que se informaba con detalle en las crónicas de Plinio el Viejo, o de Isidoro de Sevilla. Existen hermosos mapas de las tierras conocidas, que en la época medieval eran muy poquitas, rodeadas de mar y bestias marítimas, con la frase, escrita a la altura de Finisterre: más allá hay monstruos.

Ahora nos causa risa pensar que aquellos hombres creían que el océano acababa en seco pasado Finisterre, o el miedo que les provocaba el nuevo mundo. Pero se nos congela la risa si pensamos en el recelo que inspira un nuevo mundo mucho menos peligroso y cercano: Internet. Internet, la otra realidad, la realidad virtual.

Hace unos meses mi padre me preguntó qué tenía de extraordinario Internet, y por qué todo el mundo hablaba de ello. Vamos, si era para tanto. Mi padre es un hombre ya mayor, con una sanísima desconfianza hacia todo lo nuevo. No sabe manejar un ordenador, no sabe programar el video, y vive perfectamente así, porque tiene dos hijas abnegadas que suplimos esas funciones. Yo sospecho que, en realidad, es mucho más astuto que nosotras, y nos ha educado como a robots obedientes para lo que le interesa, porque el teléfono móvil bien que lo usa, y cualquiera le arranca el mando a distancia de la tele, a lo que iba. Yo pensaba quedar con unos amigos a los que había conocido en un foro de Internet, uno de los llamados canales de rol en los que cada persona cumple la función de un personaje en una corte medieval, y me quedé en blanco. "Pues... es... un lugar que no existe en el que personas que no nos conocemos hablamos mediante nuestros ordenadores". "¿Y de qué habláis?". "Es que estamos en un reino que tampoco existe en el que nos inventamos unos personajes que corren aventuras, y eso". "¿Qué es lo que tampoco existe?, ¿los personajes o las aventuras?". "Las dos cosas". "¿Ah ¿y eso tiene alguna utilidad?". "Pues no".

Me temo que mi padre comenzó a sospechar en ese momento que tenía una hija muy rara y que de eso a una secta había poco. Es decir: la información de Internet no existe, no se encuentra en ningún lugar, y sólo pueden acceder a ella unos cuantos elegidos. Por decirlo de otro modo: es magia.

Voy a tomar prestadas de Gonzalo Suárez, uno de los pocos directores de cine españoles interesados en la ficción, unas reflexiones sobre Internet. Él coincidía conmigo en que uno de los grandes éxitos de la Red era que quien navegaba por ella se creía de alguna manera un héroe. La palabra "Cibernauta" nos recuerda a la búsqueda mítica de los Argonautas y el Vello de Oro. Pero había más. Los requisitos del héroe y del mundo que le rodean son diez, diez normas que se dan también en Internet,

- 1.- El acceso secreto, la fórmula mágica que abre las puertas: la contraseña de acceso.
- 2.- Un nuevo nombre o bautizo del héroe: la dirección de correo, o el nick de los foros.
- 3.- Las pruebas sucesivas cada vez más difíciles: esos programas informáticos que a poco que nos descuidemos se nos quedan anticuados. Ahora dicen que van a sacar el Windows 2000, Dios nos pille confesados.

Bueno, no les voy a enumerar las diez, pero les aseguro que coinciden. Todas ellas se resumen en la décima, la identificación de la luz con la verdad ¿Qué otra cosa aparte de luz es la pantalla encendida? Estamos traspasando el culto solar o lunar a una pantalla. Mediante Internet nos sumergimos, armados con un poder mágico, en otra realidad. Una realidad inquietante, con leyes propias, en la que sólo los jóvenes y los más osados se atreven a penetrar.

No tienen demasiado futuro quienes cierran los ojos a esa realidad, a otras realidades invisibles. Existe una corriente de crítica y de pensamiento literario que se empeña en continuar anclados a la anécdota, que considera que una novela es mejor cuanto más datos incluya, cuanto más se parezca a lo que vemos cada día por la ventana. Esas personas pasan por alto el inmenso trabajo, el inmenso mérito que constituye inventar una historia nueva en un lugar nuevo. El papel del creador no es el del mero corresponsal. Un inventor no lograría nada si no soñara, si no se encargara de revolucionar lo existente con un artefacto o una teoría inexistente. De otro modo, continuaríamos encendiendo el fuego con pedernal, y no con mecheros, por poner un ejemplo. Y una de las funciones primordiales de la literatura es explicar el mundo, y casi todas las explicaciones que conocemos de nuestra existencia son míticas. Inexplicables.

No conocemos qué existe después de la muerte, de dónde procede la vida, o el universo, la razón por la que odiamos o nos enamoramos, por qué nos gusta un color, nos hace daño la cebolla o qué hubo antes de que la Tierra existiera ¿Y tratamos de reflejar la realidad? ¿Qué realidad? ¿La de unas teorías científicas que envejecen y se descartan? Los griegos creían que el órgano vital era el hígado. Hasta hace poco, se pensaba que el corazón. Ahora todo se remite al cerebro. Hasta que descubramos otra cosa. Los anticonceptivos que se vendían como panacea hace veinte años provocaban cáncer, y los implantes de silicona de hace diez también. El SIDA era mortal, y ahora una enfermedad crónica ¿A qué podemos aferrarnos? ¿A qué verdad? ¿Esa es la fiabilidad de la ciencia, de lo real? Y si eso ocurre en Medicina, o en Física, ¿qué no pasará en literatura?

No puedo evitar sonreír cuando leo en la contraportada del libro un argumento como: "La historia de un joven abogado que se ve envuelto en una terrible aventura en Colombia, blablabla". Y al girar la otra solapa de la biografía veo: "Fulanito de Tal, licenciado en Derecho. Vivió varios años en Bogotá, Caracas y México..."

No me tomen el pelo, por favor. Una novela no son unas memorias. Ni un diario. Ni siquiera una biografía. Las dotes de observación no tienen nada que ver con la reproducción literal de hechos vividos. Ni Homero viajó a Troya, ni Flaubert conoció un cambio de sexo, ni Borges se adentró en el infinito. Todo libro debe ser una ventana a lo desconocido ¿Por qué entonces aferrarse únicamente a lo cotidiano? ¿Por qué no han de convivir con el mismo estatus las historias irreales? Las pinturas negras de Goya gozan del mismo prestigio que sus retratos palaciegos. La música se encuentra libre de esas trabas ¿Por qué limitar la literatura? Por lo tanto, desconfío de una sociedad que

Desconfío de una sociedad que reniega de lo fantástico pero que se evade mediante deportes, prensa rosa y cotilleos de una realidad que no le agrada.

modifica los cuentos infantiles y elimina lobos y madrastras, en un intento de convencer a los niños de que el mal no existe. El mal habita en las calles, en los compañeros que les roban la merienda o en la madre que le castiga sin ver la tele. Desconfío de una sociedad que reniega de lo fantástico pero que se evade mediante deportes, prensa rosa y cotilleos de una realidad que no le agrada. Recelo de quienes se rasgan las vestiduras ante una película violenta o una publicidad agresiva y defienden luego la retransmisión de muertes en directo, de atentados o tragedias. Antes bien, por ser una recreación, por ser ficción, por no ser verdad, deberían tolerarse sin problemas las reproducciones artísticas, y dejar los escrúpulos y el miedo a ofender sensibilidades a la realidad.

Todo lo justifica el directo, la obtención de la noticia. El ser testigos de algo que no vemos. De ahí el gancho de películas basadas en un hecho real, de los programas de testimonios ¿Para qué ahondar en una realidad sórdida y tétrica? ¿Qué mérito tiene esa verdad? ¿Qué privilegios para gozar de categoría de arte? ¿Dónde queda la auténtica creación? Desconfío, por último, de quienes tratan de imponer leyes fijas a la realidad, al arte y la literatura. De quienes no se sienten lo suficientemente seguros como para revisar sus teorías sin alterarse o enfadarse. De quienes desprecian lo que no conocen, lo que no ven, lo que no controlan. Desconfío de quienes matan la imaginación infantil y consideran que para crecer es preciso renunciar a ella. Y contra ellos, en socorro de la magia, de las verdades ocultas, de lo irracional, del misterio y las pesadillas me he embarcado en esta defensa de la fantasía. ●